

RÉGIS DEBRAY, *L'EMPRISE*, GALLIMARD, 2000.

Juan Carlos Moreno Romo

No encuentro ahora la palabra adecuada para traducir la que titula este libro, al que saludo como se saluda a un verdadero respiro: ¡Eureka, no soy yo el único loco que se da cuenta de esta pestilencia que por acá todos respiran tan tranquilos! La define el diccionario como *dominación moral* e intelectual, pero esta palabra me parece todavía más sugerente: imagínese el lector, no ya al buitre de aquel cuento de Kafka, que devoraba tranquilo los pies de su inmutado narrador, sino más bien a unas garras de ave rapaz cogiendo enteramente una cabeza de hombre, y a éste portándolas con la misma naturalidad, con la misma resignación o indiferencia, o lo que es peor todavía, imagínese a una sociedad entera que en lugar de sombrero impone a cada quien el porte, o el agarrón, la cogida o *l'emprise* de esta garra, y de pilón imagínese la incómoda perplejidad de quien, salvaje entre los hipercivilizados, se descubre al parecer el único en

portar como Dios manda un simple sombrero. [Si a algún lector le sonriese con suficiencia y complicidad aquí la idea de que a este ingenuo reseñador se le acaba de pasar por alto que Dios ya no manda nada, permítame que lo salude tocando el ala de mi sombrero, y si le nace respóndame con un gesto análogo, y a lo mejor así se percibe de lo que a él le cubre la cabeza]. Pero vayamos ya a nuestro libro.

«Siempre será de una importancia capital —nos dice el epígrafe en palabras de Augusto Comte— que el hombre no se crea nacido el día de ayer». Y hecha esta advertencia nos invita el autor a la exploración de esa caverna en la que el mundo es nuevo cada día, y está espectacularmente hecho de discontinuas y muy convincentes sombras a todo color, la caverna de ese espacio a la vez virtual y planetario, de esa garra o esa red que se apropia lo mismo de la sala familiar que del ágora o del púlpito, e incluso del lavadero, la de *l'emprise*, la de los cuasi om-

nipresentes y cuasi omnipotentes medios de comunicación.

La circunstancia de este libro es la de la enésima constatación de que al tomarse demasiado en serio lo de la búsqueda de la verdad el filósofo suele olvidarse de mirar por dónde pisa, y se vuelve a caer en el pozo, el epicentro del poder en este caso, o el nido de avispas de sus adeptos más fervientes y cercanos, ese mismo que por su parte, al acercarse física o geográficamente a él, y al oír de tan cerca sus ruidos, este lector venido de nuestra periferia se ha espantado también de las chispas que a su paso le ha sacado, y de encontrarlo tan irritable y tan reactivo, tan intolerante ante cualquier ejercicio de libre examen de esos que en nuestras subdesarrolladas latitudes estamos acostumbrados a ejercer tan libres y tan tranquilos (algo anoté ya a este respecto en mi comunicación al XIV Congreso Interamericano de Filosofía, realizado en Puebla en 1999; "Filosofía, retórica y política"; me permitirá el lector que cite asimismo mi contribución al XXVIII Congreso de la Association de Sociétés de Philosophie de langue Française, que se llevó a cabo en Boloña este año, y en el que a mí manera defendí una tesis coincidente con la constatación fundamental de este libro: "Nos guerres de religion").

Así como se vino a nuestro continente a ver sus revoluciones, cuando el Ché o cuando Marcos, así se fue este periodista

y filósofo, y mediólogo por añadidura, o por síntesis, a ver de cerca lo que estaba sucediendo en el Kosovo, en la primavera de 1999. Ahí cometió la imprudencia de dejarse descarriar entrando en conversación con periodistas "de parroquias apartadas", un canadiense y un serbio que le hicieron ver una realidad distinta de la sancionada y promulgada por la opinión pública francesa. «De regreso a París —escribe (cfr. p. 10)—, inquieto al ver el abismo que había entre el negro y blanco domésticos y las ambigüedades de una zona gris, de acuerdo a lo que había podido yo entrever, cedí a la vanidad (el lado flaco del intervencionismo) de querer transmitir, a contrapelo del maniqueísmo ambiente, algunos hechos desconcertantes, recogidos al pasar». El resultado era de esperar, y sólo a un distraído sucesor de Tales se le habría podido escapar: al pobre se le echaron encima y en montón.

«Lo que más me desconcertó —escribe más adelante (p. 17)—, fue tanto la indignación de las buenas gentes frente a enunciados verificables, y, si no me equivoco, en gran parte verificados, como la *tonalidad* de los anatemas. No es seguro que las cosas tengan un fondo, pero si lo tienen, es en el tono dónde éste se revela. Y para hacer la luz en esta estridencia *sui generis* que me intrigaba tanto en las hojas y en las palabras, decidí abandonar los boletines de la diócesis por los libros de historia. Sumergiéndome en tiempos

muy antiguos, me ha parecido reafirmar los pies en la actualidad. Y reconocer en fin, bajo la espuma de las cosas, el ruido tranquilizante de la marejada».

El primer capítulo de este libro, que es una puesta al día de *Le pouvoir intellectuel en France*, de 1979 (Folio essais No. 43, Ed. Ramsay), y de *Le scribe, genèse du politique*, de 1980 (Eds. Grasset), se titula "Devoirs de croisade", deberes de cruzada. En éste nos recuerda el autor, con Alphandery y Dupront (*La Chrétienté et l'idée de croisade*, 1959), que la cruzada puede provenir de una necesidad distinta de la de la Cristiandad en cuanto tal, y que toda nueva fe se suele reafirmar con sangre. «En 1099, expulsar al Infiel de los Santos Lugares, en los que masacra inocentes y peregrinos. En 1999, expulsar el nacional-comunismo de las tierras de libertad, en las que masacra mujeres y niños. Guerra santa, guerra justa; y de pasada los latinos se la toman contra los ortodoxos» (p. 19). El Derecho retoma el lugar de la Cruz, y un tribunal internacional se he de encargar de la inculpación *urbi et orbi*. Y hasta la fea Inquisición persiste, una inquisición "civil" que viene al relevo de la eclesiástica y que desde el atalaya inexpugnable de los medios de comunicación, y provista de un verdadero ejército de inquisidores inflamados a la caza de los herejes, persigue implacable los textos "impugnables" y los "crímenes contra el espíritu" que hoy se llaman

populismo, xenofobia, revisionismo, nacional-cualquier cosa, totalitarismo, vichiso-estalinismo, lepenismo, anti-americanismo, arqueo-nacionalismo... «Esos exorcismos —anota Debray— causan alivio: protegen contra una posible e insoportable alteridad» (p. 27) En las sociedades modernas y democráticas la excomunión cumple una función análoga a la del tan practicado ritual del chivo expiatorio, y los medios de comunicación recurren a ella con escrupulosa religiosidad.

Como la sola denuncia no es suficiente, y como, recordándonos en esto al Unamuno de *En torno al casticismo*, no se quiere abandonar el autor a la agitación superficial y escandalosa de las aguas, se detiene a explorarlas también con cierta profundidad, y con esa imparcial serenidad que a sus fogosos detractores tanta falta les hace: «Toda comunidad —asienta— tiene el derecho de excluir y de censurar; y la democracia griega ha inventado el ostracismo. Por lo menos, una excomunión cristiana —tercer escalón, luego de la prohibición y de la suspensión— no debe confundirse con un gesto de Inquisición. No cedamos, a este respecto —dice—, a una leyenda demasiado negra. Policía general de la Cristiandad, sí, pero en una lógica de defensa: en todo Estado confesional, cualquiera que atente contra la integridad de la fe ataca la integridad del territorio» (p. 29).

Y nos recuerda luego que la Inquisición no es la inventora de la tortura, y que cumplía sus funciones con los medios de que usaba su tiempo. «Los historiadores nos ha ayudado a reconocer en esta institución un instrumento inteligente y sensible de regulación consensual». Acaso la inquisición actual sea mucho menos ecuánime que la tan denostada Inquisición medieval, pero ya no hace falta liquidar al hereje para eliminarlo, y ahí reconoce el autor que hay un progreso.

El capítulo segundo, “Los dos reinos”, nos presenta a los intelectuales y periodistas como “los funcionarios del sagrado social”: «los dogmas se marchitan, pero la necesidad de sentido permanece; las funciones se recrean poco a poco unos órganos vitales adaptados a las técnicas y a las mentalidades. Se nos había olvidado que “ninguna sociedad se puede conservar y desarrollar sin un sacerdocio”, como había previsto Augusto Comte. ¿Qué nación puede prescindir de valores, y qué guerra colonial de un discurso de justicia? ¿Qué agrupamiento sería durable sin el mantenimiento de un mismo espíritu en su seno, y en primer lugar en las élites? ¿Qué civilización no tuvo un clero?» (p. 37). El más grave de los errores políticos, nos recuerda con Valery, es el de creer que ya no es cierto algo que lo sigue siendo.

El tercer capítulo se ocupa del “Servicio de las almas del día de hoy”, que a

cada mañana nos dispensa un mundo nuevo, el de la sacrosanta Información que ocupa hoy el lugar que sucesivamente ocuparon antes Dios, la Razón y la Historia. El capítulo cuarto, “Antiguo y nuevo sacerdocio”, describe la constitución del nuevo clero, que no por nada hizo irrupción en la historia con la bandera del anticlericalismo. Periodistas e intelectuales son los nuevos oficiantes, y los medios son las nuevas iglesias, en las que se predica una espiritualidad de self-service. El *New York Times*, *The Economist* y la CNN constituyen la nueva Biblia, y el premio Nobel la nueva canonización. En su pujanza, el nuevo poder espiritual se impone incluso al poder temporal, y reinaugura en nuestros días, en los Estados Unidos o en Brasil, o en Francia donde a los políticos se les quiebra la voz ante los periodistas, una nueva querrela de las investiduras. El capítulo quinto, “Del poder intelectual al poder espiritual”, describe cómo el nuevo clero se ha apropiado esa proteica cualidad que Platón les reprochaba a los sofistas y Balmes a los diversos y cambiantes protestantismos: o no tienen dogmas o los tienen tan vagos y tan equívocos que se adaptan a cualquier gusto y situación, y son en suma inatacables. El capítulo sexto analiza las ventajas de la inconsecuencia metafísica de la nueva fe, que desde su omnipresencia determina incluso los pensamientos de quienes la re-

sisten, y que sabe usar tan bien del chantaje, y de la alquimia que transforma al enemigo en enemigo del género humano, en malo, como en las caricaturas gringas; simplismo que de paso nos preserva de todo sentimiento trágico de la vida, pues la tragedia ocurre cuando las dos partes tienen una y otra la razón al mismo tiempo, y aquí tal cosa queda excluida de antemano.

«No es bueno burlarse de las religiones —leemos en el capítulo séptimo, que se ocupa de “La mundialización religiosa”—. En primer lugar, porque nada se funda sobre la ironía, y es de reconstruir de lo que se trata. Y en seguida, porque siempre hará falta una religión, si se quiere que un *nosotros* cobre forma». «La religión no es solamente opio, también es vitamina» (p. 95). Saluda Debray cuanto de irrenunciable hay en la religión de los Derechos Humanos, que a defecto de la religión positiva tan sabiamente diseñada por Comte asume incluso como suya, y como la más noble o la que implica menos riesgos, pero no sin señalar que en su forma actual incurre ésta en notables ex-

cesos, comenzando por el de la deshonestidad de no reconocerse tal, y de incurrir desde ahí en sus propios atropellos y fanatismos: los cruzados no pelean por el mal menor, pelean por el Bien, y no pueden así —los ata su propio principio— detenerse a negociar con los que han sido anatematizados como los malos.

“¿Hay todavía una realidad?”, se pregunta el capítulo octavo, y se detiene a analizar esa expropiación de la realidad misma, de los hechos, que tan audaz y tan eficazmente han operado los medios, que nos fabrican a todos cada día la realidad en que creemos y comulgamos. «Quien domina nuestras percepciones —señala—, domina nuestras acciones» (p. 123). El capítulo IX, “Adiós, laicidad...”, nos plantea el problema de un poder temporal subordinado de tal manera a la todopoderosa realidad virtual de los medios, que perdiera pie en la verdadera realidad, y que a su vez se cayese en un gran pozo. “Eso no va a durar”, cierra sereno y volviendo a sumergirse en las aguas del tiempo histórico el capítulo décimo: «se han conocido males más graves; se puede vivir con ese, y bastante bien» (p. 139).